

EL ARTE DE LIMPIAR LAS VENTANAS

¿Qué es el estilo? Lo explica William Lyon en un manual en el que vuelva su larga experiencia periodística

En los años sesenta, nadie quería ser editor en *The New York Times*. Nadie había planeado que su único contacto con la realidad fuera la punta de un lápiz. Esos editores eran unos periodistas especiales, relata Gay Talese en *The Kingdom and the Power*: llegaban a la redacción cuando sus compañeros se marchaban para leer y corregir sus artículos. Se perdían las obras de teatro de éxito y nadie les invitaba a las fiestas. Las únicas mujeres con las que se cruzaban esperaban en las esquinas de Times Square. Pero estaban mejor valorados que muchos reporteros. Incluso ganaban más dinero.

En aquella época William Lyon trabajaba en Madrid para la agencia United Press International (UPI). Tenía unos veinte años cuando preguntó a un compañero experimentado si había algún «manual de instrucciones» para escribir noticias. Este le señaló las dos máquinas de teletipos, donde se imprimían las noticias: «Leer». Así empezó a parecerse a esos periodistas de agencia capaces de escribir «como si solo les faltara llenar los espacios con los datos del momento».

Miedo patológico

No todos los periodistas saben cómo mejorar los textos de sus compañeros: «Quieren firmar noticias, no corregirlas». Tampoco es fácil mantener la calma ante los redactores que peor escriben, que parecen tener un «miedo casi patológico» a que les señalen sus debilidades.

Por esa desidia tan española no hay en la prensa nacional secciones de edición, sino, acaso, de corrección. Por eso, y porque «se escribe mal», William Lyon publica *La escritura transparente. Cómo contar historias*, el manual que le habría gustado tener cuando empezó. Lo hace con la experiencia que le dan sus 74 años, después de haber pasado por agencias, periódicos, revistas y radios.

En *La escritura transparente*

te explica, de una forma amena y con ejemplos prácticos, lo que le pide a sus alumnos. Que piensen antes de escribir. «Toda escritura es una cuestión de organización.» Que no pierdan de vista al lector. «Hay que llevarle de la mano, paso a paso, para que no pierda interés.» Que eviten los tópicos, que elijan las palabras con menos sílabas, que huyan de las frases largas. Que escriban párrafos cortos. «¡Qué alivio encontrar un punto y aparte!»

Dos tardes, dos años

El libro de Lyon no es un manual de escritura al estilo de *Cómo escribir claro* (Editorial UOC), de Jordi Pérez Colomé, uno de los pocos títulos recomendados en la breve bibliografía de la obra. Ni como el clásico *The Elements of Style* o el excepcional *El estilo del periodista* (Taurus), de Álex Grijelmo. *La escritura transparente* es una guía básica para estudiantes de periodismo, que en dos tardes pueden saltarse dos años de clases. Aquellos periodistas que quieran huir de sus vicios deberían leerlo.

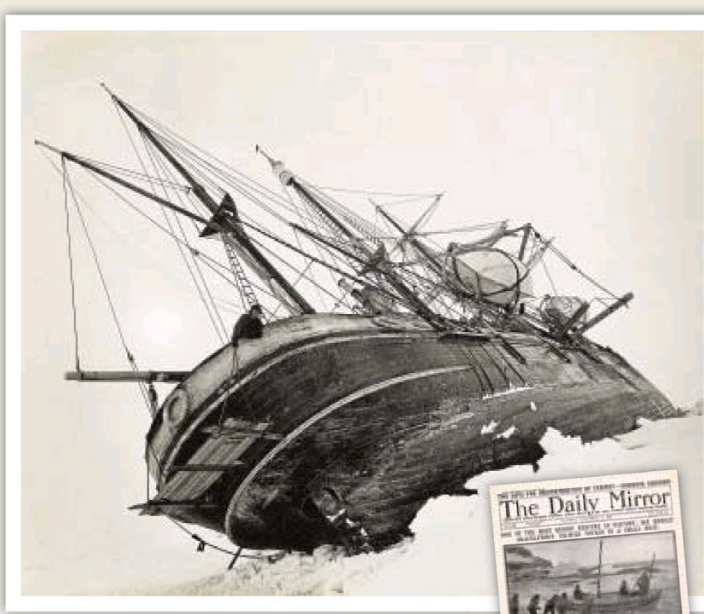
Pero *La escritura transparente* es, sobre todo, un homenaje al editor. A quien en *The New York Times* imponía su criterio frente a los redactores que hacían lo imposible por intentar conservar sus frases geniales. Muchos optaban por no leer sus informaciones cuando salían publicadas. El *Times* de los años sesenta se vacunaba contra los jóvenes reporteros «con estilo» mandándoles al zoo. Si adornaban las citas los animales no se quejarían. Porque el estilo, escribe Lyon, «no es algo que se añade a un artículo, como las especias a un guiso, ni el mejor estilista es el que más oraciones subordinadas mantiene en el aire». «La buena prosa –dijo Orwell– es como el cristal de una ventana.»

JAIME G. MORA

LA ESCRITURA TRANSPARENTE WILLIAM LYON



Ensayo
Libros del K.O., 2014
13,90 euros
E-book:
4,95 euros
★★★★★



A 35° BAJO CERO. Shackleton, jefe de la Expedición Transantártica Imperial, partió en diciembre de 1914 a la conquista del Polo Sur. Un mes después, el «Endurance» (arriba) encallaba en el hielo del mar de Weddell. A la derecha, «The Daily Mirror» informa de la expedición

SHACKLETON, HÉROE DEL FRACASO

Shackleton no pudo ver cumplido su sueño de cruzar la Antártida a bordo del «Endurance» en 1914, pero consiguió la gesta más difícil: sobrevivir. «La prisión blanca» recuerda su aventura

Es fácil ser un héroe cuando se alcanza el triunfo, pero no tanto si la heroicidad se modela en el fracaso. Es el caso de Sir Ernest Shackleton, jefe de la Expedición Transantártica Imperial que en diciembre de 1914 partió a la conquista del Polo Sur a bordo del buque *Endurance* para encallar un mes después en los hielos. Nadie, y menos los ingleses, asumen los fracasos –ya tuvieron bastante con la Carga de la Brigada Ligera en Crimea–, para héroe del fracaso tenían al capitán Robert Scott y su mítica inmólación de 1912, tras llegar más tarde a la Antártida que Amundsen...

Habrían de pasar cuatro décadas hasta que el periodista Alfred Lansing (Chicago, 1921-1975) reconstruyera los 522 días en los que Shackleton y sus veintisiete hombres sobrevivieron al naufragio comiendo carne de foca y de perro husky a 35 grados bajo cero. A partir de entrevistas y diarios de navegación –ahumados con grasa, arrugados porque se mojaron y luego fueron puestos a secar–, Lansing dio a la imprenta *Endurance: el increíble viaje de Shackleton* (1959), un clásico

co felizmente recuperado por Capitán Swing con prólogo de Ramón Larramendi, pionero de la exploración polar española.

En el mar de Weddell

El libro vio la luz justo cuando Funchs y Hillary culminaban la primera travesía de la Antártida, señala Larramendi: «Era la misma ruta que en 1914 ya había intentado realizar por primera vez Shackleton, aunque no lo consiguió. Casi 45 años más tarde, estos dos exploradores lo ha-

ALFRED LANSING RECONSTRUYE LA EPOPEYA A PARTIR DE ENTREVISTAS Y DIARIOS DE NAVEGACIÓN

NACE
UN ESCRITOR

Ismael Belda firma «La Universidad Blanca», una obra innovadora tanto en el terreno lírico como en el narrativo

Veo *La Universidad Blanca* como el heraldito posible de una nueva época de nuestra literatura. Los temas que se reúnen en este libro minúsculo pero de alcance incalculable son de esos que harán fruncir el ceño a las mentes retrógradas: la poesía, la narración, la ciencia ficción, la especulación metafísica, pero sobre todo la posibilidad asombrosa e inevitable de reunir todos esos elementos en una construcción artística tan intensamente original como hermosa.

Atrevida belleza

Este libro no sólo debería ser leído con asombro por los poetas, sino también por los narradores, especialmente los interesados en el género clave de nuestra época (me refiero a la ciencia ficción), porque tan asombroso es como obra innovadora en el terreno de la lírica española como en el de la narrativa. «Fragmentos del autómatas» es una maravillosa narración en poemas que cuenta la vida y amores de un «autómatas» con diversas mujeres y en diversos países, pero es «La

Universidad Blanca» la pieza central del libro.

Sería imposible dar siquiera una idea de la riqueza de ideas, de la intensa y atrevida belleza de estos poemas,

de su rabiosa originalidad, de la fascinación de la nube de nanomáquinas doradas que crea mundos paralelos en los cuales vivimos vidas reales, del asombroso currículum de la Universidad Blanca en la que los estudiantes aprenden asignaturas maravillosas y sobrenaturales. Todo un curso de estudios para crear una nueva humanidad, para inventar un nuevo mundo, para inventar un nuevo arte, una nueva poesía y un nuevo arte narrativo. No creo que en lo que queda de año se publique, en español al menos, un libro más importante que este.

ANDRÉS IBÁÑEZ

**LA UNIVERSIDAD BLANCA
ISMAEL BELDA**

Poesía
Ediciones La Palma, 2014
88 páginas
9,50 euros
★★★★



Este es, sin duda, el sueño de un crítico literario: tener la ocasión de descubrir, en el curso de su vida natural, a un nuevo escritor, señalarlo al mundo y hacer sonar trompetas (dentro de sus más que modestas posibilidades) para llamar la atención, en medio del bosque de títulos anodinos que llenan las librerías, sobre la aparición de un libro genial. Ya que eso es *La Universidad Blanca*, de Ismael Belda, un libro de poesía que es también un libro narrativo y que abre los cielos de la poesía española y los de la narrativa española como un meteoro.

Imagínemos a un poeta que reúne en una voz de insólito virtuosismo y brillantez la herencia de nombres como Yeats, Wallace Stevens, Lezama Lima o Rubén Darío, a los que habría que añadir otros como Leopoldo María Panero, y además al poeta Roberto Bolaño y además al poeta Vladimir Nabokov, especialmente el del genial poema *Pálido fuego*. Imaginemos a un poeta que reúne todas estas cosas en una paleta donde aparecen colores traídos por Rilke, por Kleist, por Hölderlin, el recuerdo de la «isla donde los cantos son verdad» de las *Lamentaciones de Menón* por Diótima o la fascinación de las rosas místicas de Rubén Darío junto con los colores salvajes y destruidos de la ciencia ficción.

Alcance incalculable Imaginemos un poeta para que el que, ¡por fin!, la poesía es la lengua total, la que permite la lírica, la épica, la narración, el diálogo, el raro embrujo, las visiones, el ingenio, el virtuosismo formal, el humor, la alta especulación filosófica. Imaginemos a un poeta que avanza en todas direcciones, que cultiva una singular libertad rítmica y practica metros raros y difíciles (la sextina, la villanella), que pretende maravillarnos y deslumbrarnos pero también contarnos historias, y todo al mismo tiempo.

SERGI DORIA

**ENDURANCE. LA PRISIÓN
BLANCA ALFRED LANSING**

Ensayo
Trad. de Elena Grau
Capitán Swing, 2015
352 páginas
19 euros
★★★★



a la muerte blanca: «Estoy completamente obsesionado con la idea de escapar... Día tras día, lo único que tenemos a nuestro alrededor es la misma blancura absolutamente inmaculada e imperturbable».

Comenzaba un viaje a la deriva en el que el carisma de Shackleton le pudo a la desesperanza. Varados en la isla Elefante, agotadas las provisiones de foca y grasa de pájaros bobos, convirtieron las últimas raciones de harina en tortas con carne seca enlatada para perros que mordisqueaban en porciones de treinta gramos; ya no había café ni té y la poca grasa almacenada servía de combustible para derretir el hielo y convertirlo en agua para beber.

Regresar de la muerte

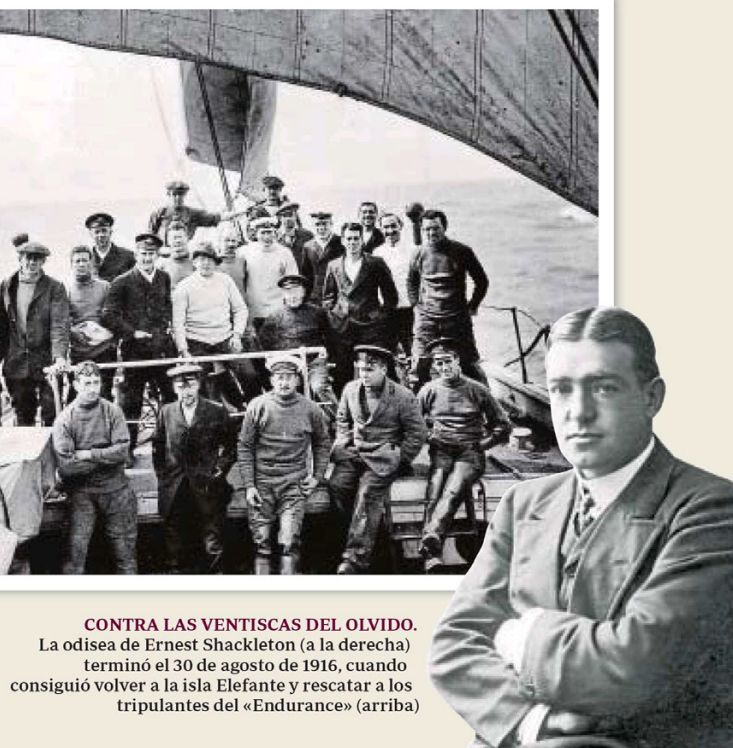
La batalla de Shackleton se tradujo en dos travesías en pos de la tierra salvadora con dos botes rescatados del *Endurance*. Tras el fracaso de la primera, que le alejó todavía más de su objetivo, con las ropas congeladas y gastadas, se decidió que una parte de la tripulación permaneciera en el estrecho de Drake... Shackleton y cinco hombres tomaron rumbo a Georgia del Sur: ochocientas millas al noroeste.

El 10 de mayo de 1916 desembarcaban en la isla de la que zarparon hacia 522 días. La expedición fracasada devino en epopeya. Mathias Andersen, encargado de la estación

de Stromness, fue el primer interlocutor de aquellos regresados de la muerte: «Tenían la barba crecida y el rostro casi negro, a excepción de los ojos. Llevaban el cabello tan largo como el de una mujer, porque les colgaba hasta los hombros. Por alguna razón lo tenían pegajoso y rígido...»

bian logrado, y el pionero británico volvía a estar de actualidad». ¿Por qué la condición heroica de Shackleton? Atrapado en el mar de Weddell -periferia del Círculo Polar Ártico-, el *Endurance* es triturado por la presión glacial. Escribe Lansing: «Una hora después de que el último hombre desembarcara, el hielo traspasó los costados del barco con afiladas astillas que le abrieron heridas y dejaron entrar enormes bloques de hielo y trozos de témpanos. Medio barco estaba hundido. El hielo había aplastado el castillo de proa a estribor con tanta fuerza que unas latas vacías de gasolina, apiladas en cubierta, atravesaron la pared del castillo de proa y alcanzaron el otro lado arrastrando un gran cuadro enmarcado que había estado colgado en la pared. Curiosamente, el cristal del marco no se había roto».

Tampoco se rompió el moral de la tripulación, que incluía un polizón que se ganó a pulso la categoría de navegante. Resistir o morir. Para conseguir lo primero había que aguardar el deshielo, pero la configuración del mar de Weddell -cerrado por el continente antártico, la península de Palmer y las islas Sandwich del Sur- mantenía la solidez glacial incluso en verano. Tras soportar cuatro meses de noches eternas sobre los témpanos, Shackleton no se resigna



CONTRA LAS VENTISCAS DEL OLVIDO.
La odisea de Ernest Shackleton (a la derecha) terminó el 30 de agosto de 1916, cuando consiguió volver a la isla Elefante y rescatar a los tripulantes del «Endurance» (arriba)